

más que una duración postmortal sea un *teologúmenon* difícil de articular y algo forzado.

La quinta y última parte cierra el libro con una serie de perspectivas pastorales. Lo abre von Kalckreuth (323-39), con una de las contribuciones más interesantes de todo el volumen, reflexionando sobre el acompañamiento a moribundos. Desde una amplia experiencia en este campo, llama la atención sobre la ausencia total de la imagen de la resurrección de los muertos entre todo el personal que se mueve en el ámbito de personas cercanas a la muerte (pacientes, familiares, personal sanitario). Sin embargo, el mundo de las imágenes con contenido religioso resulta de una importancia excepcional para ayudar a bien morir y para afrontar la muerte. Para terminar Bärtsch (340-59) ofrece una serie de indicaciones sobre la liturgia de exequias, muy centradas en los textos litúrgicos y su teología pero distantes de la realidad pastoral y su posible aplicación, por más que comience con un caso concreto.

En conjunto el libro se mueve en el ámbito de la realidad pastoral y creyente, vagamente creyente o increyente, según los casos, de la sociedad alemana, no muy distante de la nuestra. Los autores manejan bibliografía abundante y puesta al día predominantemente de lengua alemana. Me resultan más ajenos y cuestionables algunos desarrollos desde la ciencia, como la posibilidad científica de pensar la pervivencia postmortal o que las experiencias de vida después de la muerte aparente remitan claramente a un alma inmortal. También llama la atención la presencia tan abundante de la cuestión del estado intermedio, que denota una falta de acuerdo en este aspecto en la comunidad teológica. Dicho malestar repercute negativamente sobre las posibilidades de un anuncio confiado y gozoso de nuestra esperanza. En todo caso, estas contribuciones ponen de manifiesto la necesidad de un rearme teológico y pastoral para dar hoy razón de nuestra esperanza en la resurrección de los muertos.—GABINO URÍBARRI, S.J.

DUQUOC, CH., *L'unique Christ. La symphonie différée* (Cerf, Paris 2002), 262p., ISBN: 2-204-06971-X

Ch. Duquoc es bien conocido por sus múltiples escritos teológicos, en particular en el campo de la cristología. En esta obra, ya traducida al español (Sal Terrae, Santander 2004), según explica en la introducción (7-25), nos ofrece un ensayo de cristología que quiere pensar cómo se puede plantear teológicamente que Cristo sea el único mediador de la salvación en un contexto marcado por: *a)* la descristianización en occidente y la dificultad de la Iglesia para evangelizar en un medio donde las reglas de juego están marcadas por la democracia y la tolerancia al pluralismo; *b)* el pluralismo, la diversidad de religiones y la división misma entre las Iglesias cristianas; dándose entonces *c)* la paradoja de que aunque Cristo vino a traer la unidad, el resultado ha sido la división entre judíos y gentiles.

Además de la introducción, el libro consta de cuatro partes, un índice de autores y de materias. La primera parte (27-74) versa sobre la ruptura con los judíos por parte de la Iglesia primitiva, vista desde el horizonte de los estudios sobre el Jesús histórico que recalcan su judeidad. Independientemente de que la judeidad de Jesús en sus per-

files más concretos sigue sujeto a discusiones entre los especialistas, me parece que su tesis principal no queda demostrada: el alejamiento radical de Jesús de las promesas veterotestamentarias y de su cumplimiento en su persona; con lo que, como corolario, la pertenencia a un pueblo (Israel o la Iglesia) quedaría totalmente relativizada a la hora de recibir la salvación que Jesús pregonó. Sorprende, p.ej., que no se detenga en la última cena, tan ligada a la alianza, resumen y condensación de la vida de Jesús, interpretación del conjunto de su ministerio, y todo ello bajo la rúbrica de firme historicidad según los métodos histórico-críticos. Además, obliga a entender que Pablo malversó profundamente la concepción de Jesús y el sentido de su resurrección (58). ¿No se sigue de aquí un callejón sin salida para toda la teología cristiana, bajo este intento de salvar la validez de la economía salvífica de la antigua alianza?

En la segunda parte (75-131) se centra en una interpretación teológica del pluralismo religioso y su significado para comprender la mediación única de Cristo. Sorprende su concepción de las religiones (103-6) como protección ante la ambigüedad y arbitrariedad de lo divino. ¿No habría que adjudicarlo también al cristianismo so pena de caer en imperialismo? Por otra parte, critica a otros teólogos (Geffré, 96s) por una comprensión de las religiones y su valor que parte de una visión interior al cristianismo; sin embargo, Duquoc toma como guía una lectura del Jesús histórico y su anuncio del reino. La tesis principal de esta parte viene a consistir en que todas las religiones son fragmentos irreconciliables en la unidad (122). Dado que el mismo Jesús no se colocó a sí mismo en el centro, identificándose con el Absoluto, sino que remitió al reino de Dios, todas las religiones quedan como otros caminos abiertos, que nosotros no podemos reconducir hacia una unidad común o mayor. El Absoluto queda abierto hasta su revelación última al final de la historia. Desde esta perspectiva, no entiendo de dónde surge una asimetría a favor del «fragmento cristiano» (247), pues le ha negado las posibilidades de fundamentarlo. Su mirada a la resurrección me ha resultado superficial: no le asocia ningún título cristológico con contenido fuerte (ej.: Logos; Hijo de Dios), de tal manera que ahora sí que parece arbitrario que Jesús resucitara. Por otra parte, la resurrección no ha introducido novedad alguna: ontológica, escatológica, sacramental o cósmica. Las afirmaciones paulinas sobre un nuevo ser en Cristo (2Cor 5,17; Gal 6,15) no encuentran ni lugar ni asiento alguno. Todo queda remitido a una acción del Espíritu del Resucitado, pero sin criterios para discernir el lugar de su presencia objetiva, pues es libre, dinámico, inaprensible y no se circunscribe en exclusiva a la Iglesia. La concepción del reino, como la profundidad del presente (ej.: 115), deja de lado la espinosa cuestión de su carácter temporal, reconocido por todos los exegetas serios. Si Jesús solamente pone de relieve la profundidad del presente, termina bajo el palio del gnosticismo: simplemente da a conocer lo que ya estaba ahí, sin aportar él mismo novedad cualitativa alguna.

La tercera parte aborda el señorío de Jesucristo sobre la historia y el cosmos (133-200). Como se puede adivinar, desde la perspectiva de Duquoc tal señorío es un postulado de la fe, indemostrable en su verdad o falsedad; con lo que queda de nuevo una apertura hacia al futuro final. La perspectiva de la comprobación que asume Duquoc es o la científica (para el señorío cósmico) o la ilustrada y de las ciencias sociales (para la historia). Con lo cual se percibe que no da lugar al señorío escatológico de Cristo, que ni la Ilustración ni la ciencia moderna pueden comprender. Dicho señorío se mani-

fiesta a través de algunos de los fenómenos que se dan en el interior de la comunidad cristiana, como Duquoc por otra parte apunta (154ss).

En la cuarta y última parte (200-255) se detiene en la relación entre Jesús de Nazaret y el Cristo resucitado, considerando ante todo la continuidad de la acción del Resucitado a través del don del Espíritu y su actuación salvífica en la historia y en la humanidad. La acción del Espíritu hace entonces que todas las religiones y el mismo cristianismo sea un fragmento. El futuro final queda abierto y la unidad solamente se dará con la revelación escatológica de Dios. Nos encontramos, pues ante una «sinfonía diferida». En su esquema, resulta todo tan fragmentario que uno se puede preguntar lo siguiente. Primero, ¿puede la Iglesia proponer dogmas y hacerlo con certeza de que está tocando la Verdad, dado que todo es tan fragmentario y cualquier opción fuerte parece dictatorial, inconsistente y pretendiendo adelantar de modo irresponsable lo que solamente aparecerá con el fin supremo (220)? Segundo, ¿no radica uno de los aspectos nucleares de nuestra fe en que en Jesucristo, su vida, mensaje, muerte y resurrección, ha acontecido algo escatológico, de tal modo que no queda todo abierto a un futuro definitivo totalmente ignoto?

El tema que ha escogido Duquoc para este ensayo contiene la máxima dificultad teológica. Su aportación, en diálogo con bibliografía casi exclusivamente francesa, dista mucho de solucionarlo satisfactoriamente. Deja en suspenso la teología de la misión (247) y afirma un señorío de Cristo como trasfondo (236) que cuya fundamentación no ha cesado de minar por inverificable. Bien pueda ser que la teología haya de adentrarse por los caminos de la postmodernidad y pensar «el fragmento». A pesar de sus limitaciones, hay propuestas mejores.—G. URIBARRI, S.J.

KOLLMANN, BERND, *Storie di miracoli nel nuovo testamento (Neutestamentliche Wundergeschichten. Biblisch-theologische Zugänge und Impulse für die Praxis)* (Giornale di teologia 307, Kohlhammer, Stuttgart 2002), trad. de Anna BOLOGNA (Queriniana, Brescia 2005), 245p., ISBN: 88-399-0807-2

El tema de los milagros en general, y los de Jesús en particular, son objeto privilegiado de estudio desde hace unos años, dentro de las líneas teológicas y exegéticas que giran en torno a la llamada tercera búsqueda del Jesús histórico. Esta monografía se sitúa en dicho horizonte con una doble singularidad. En primer lugar, informa de una manera amplia y accesible sobre los diversos temas y posturas implicadas en el tratamiento de los milagros. El libro destaca por su claridad, a la que contribuyen todavía más los breves sumarios al final de cada epígrafe, acompañados de una reseña de bibliografía selecta (que al final de los capítulos se completa con bibliografía italiana). En segundo lugar, está orientado hacia la praxis pedagógica, tal y como se advierte en su último capítulo (193-241). Dicho capítulo pone de relieve las dificultades del hombre contemporáneo con los milagros e indica diversas posibilidades de presentación pastoral, para hacer que el mensaje de los milagros resulte accesible hoy en día a los creyentes de un modo maduro, sensato y teológicamente bien fundado.